

La madriguera. Revista de cine (Ediciones de intervención cultural S.L.)

Título:
Tercer Dogme

Autor/es:
Nuño, Ana

Citar como:
Nuño, A. (1999). Tercer Dogme. La madriguera. (23):67-67.

Documento descargado de:
<http://hdl.handle.net/10251/41822>

Copyright:
Reserva de todos los derechos (NO CC)

La inclusión de este artículo en el repositorio se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



Tercer Dogme

Mifune

(*Dogme 3: Mifunes sidste sang*)

Sören Kragh-Jacobsen

Dinamarca, 1999

Esta "última canción de Mifune" es la tercera entrega de Dogme, después de *Los idiotas*, de Lars von Trier, presentado en Cannes en 1998, y *Festen*, de Thomas Vinterberg, que sorprendentemente se ha convertido en una de las películas danesas más exitosas de la década de los noventa en el mundo entero. Nadie ignora a estas alturas que es Dogme: un manifiesto en forma de "tablas de la ley" cinematográficas, que en sus diez mandamientos recoge la voluntad de sus afiliados de hacer un cine despojado de artificios técnicos, atento únicamente a la "moral" de las historias. Lanzado el día del equinoccio de primavera de 1995 con una llamativa publicidad, la prensa especializada lo acogió primero con frialdad y aun con escarnio. Tres películas después, sin embargo, no tiene ya sentido continuar despreciando un movimiento que ha abierto puertas y ventanas y traído una bocanada de aire fresco al cine europeo de los noventa. El fenómeno Dogme, además, ha cruzado el Atlántico, y algunos jóvenes cineastas de EE.UU. —como Harmony Korine, quien realiza con este sello su más reciente película: *Julien: Donkey Boy*— han decidido adoptarlo, ya que ven en él una posibilidad de huir del cine de efectos especiales, que domina el mercado en este país, sin confinarse en el gueto del cine de autor, expulsado de los circuitos comerciales. Por lo demás, Dogme no es una secta ni un partido, y el autor de una película que se ciñe a sus

preceptos puede mañana filmar otra que los incumpla, sin que esto entrañe excomunión, divorcio o pleito. Así, Lars von Trier ha terminado recientemente el rodaje de una comedia musical, *Dancer in the Dark*, con Catherine Deneuve y la cantante Björk en el reparto.

De las tres películas acogidas a los principios de Dogme estrenadas hasta la fecha (a comienzos del 2000 está anunciada la cuarta entrega: *Lovers*, primera película dirigida por el actor Jean-Marc Barr, quien trabajó a las órdenes de Lars von Trier en *Europa* y *Breaking the Waves*), *Mifune* es, sin duda, la más abordable y aun la más comercial. La carga contra las instituciones (la respetabilidad de la pequeña burguesía, en *Los idiotas*, y los ritos de la familia, en *Festen*), que era otro de los rasgos compartidos por los "dogmáticos", pasa aquí a un segundo plano. No se trata, para Kragh-Jacobsen, de dinamitar el suelo sobre el que se asientan las hipocresías de clase o de clan, sino de esbozar el retrato agri-dulce de una nostalgia de la tierra y la vida campesina, forma de vida condenada por la modernización a ultranza de la sociedad danesa. La narración es de una sencillez rayana en la simplicidad de un cuento infantil; el título mismo de la película, homenaje indirecto a Kurosawa a través de uno de sus actores fetiches, queda justificado en una secuencia digna de una película para niños, pero que evita caer en la cursilería y ñoñez habituales de este género. Esta sencillez, que alivia únicamente el montaje en paralelo de las historias de Kresten (Anders W. Berthelsen) y Liva (Ibsen Hjelje) hasta su encuentro, obedece a un esquema narrativo más estructurado que el de los otros vástagos de Dogme. Nada de sorprendente hay en ello: Kragh-Jacobsen, que se ha da-

do a conocer sobre todo y precisamente como autor de cintas para niños, es el más convencional de los tres cineastas, y esta película está basada en un guión mucho más elaborado.

Pero con todo, es casi un milagro lo que logra hacer en *Mifune*: el relato del desenmascaramiento de Kresten, ante sí mismo y ante los otros, y de su involuntaria aceptación de su propia historia se nos ofrece con tal libertad



de tono y mediante unas actuaciones tan magistrales, que la sucesión de peripecias y situaciones de lo más dispares no conduce finalmente al temido cajón de sastre, sino que se resuelve en una coherente historia de reconocimiento y búsqueda de una forma *posible* de felicidad compartida. Desde este punto de vista, *Mifune* se destaca ostensiblemente de sus antecesoras. Si los convencionalismos sociales signan la inautenticidad de los seres y si la familia es, las más de las veces, un nido de agravios y resentimientos, aquí se nos dice además que se puede, no obstante, aspirar a construir entre los seres unas relaciones satisfactorias basadas en la aceptación plena de las propias limitaciones y el respeto por las ajenas. Por los tiempos que corren, no es un regalo despreciable.

Ana Nuño